

# Reflexiones sobre Internet, cultura científica y entorno socio-sanitario.



**Autor:** Dr. Luis Carlos Silva Ayçaguer [lsilva@infomed.sld.cu](mailto:lsilva@infomed.sld.cu)  
Centro Nacional de Información de Ciencias Médicas. INFOMED. Cuba

## Resumen

Se realiza un conjunto de reflexiones acerca del papel de Internet en el contexto social actual y su relación con la cultura científica, con acento en su impacto sobre el entorno sanitario. Se consideran algunos de los conflictos esenciales, cuyo examen puede ser útil para atisbar los desafíos que *Internet* abre, los peligros que entraña y las oportunidades que ofrece.

## Introducción

Vivimos en una sociedad científicamente inculta. No me refiero tan sólo a los países eufemísticamente llamados “en vías de desarrollo”, algunos de los cuales, con sus pavorosas tasas de prevalencia de seropositividad al VIH-SIDA, parecen estar más bien “en vías de extinción”. Aludo también a las sociedades con altos niveles de salud, bienestar e instrucción, cuyos integrantes son frecuentes consumidores de bienes de todo tipo, especialmente de productos tecnológicamente avanzados. Lamentablemente, poseer instrucción no es lo mismo que tener cultura, y mucho menos cultura sanitaria y digital, que es de lo que aquí trataré.

Obviamente, la actividad científica como tal, especialmente la de investigación, es tarea de una élite configurada por la selecta minoría de quienes tienen la inclinación, el talento y la formación requerida, tal y como ocurre con los ejecutantes del violonchelo o los cirujanos cardiovasculares. La sociedad moderna requiere y aspira a que todos los ciudadanos alcancen no solo altos niveles de conocimiento y destreza -capacidad para expresarse por escrito, dominar idiomas, manejar un ordenador, etc.- sino que tengan además un adecuado nivel cultural. Pero tal *desideratum* entra en contradicción con el mercado como elemento rector de la vida, del cual la trivialización cultural es hija directa. Por ejemplo, parece evidente que los productos culturales mediocres son más fáciles y baratos de producir; consecuentemente, lo más redituable es cincelar en los consumidores el máximo interés por ellos. Y las informaciones pseudocientíficas son mucho más *vendibles* que las que proceden de la ciencia verdadera, de modo que también se promueven con intensidad inusitada si se tiene en cuenta el ínfimo interés real que deberían despertar.

Si hay un área en que padecemos de notables carencias culturales es la científica. Por si fuera poco, muchos parecen no considerar que la ciencia forme parte medular de la

cultura, cuando en realidad es, a mi juicio, el papel cultural de la ciencia el que podría rescatar a la cultura de su inquietante tendencia a la banalización.

Es en este proceso empobrecedor que surge *Internet*. ¿Cuál es su papel real y potencial como dinamizador de la cultura científica? ¿Cuáles los escollos que han de superarse para conseguirlo?

Desde luego, no pretendo caracterizar acabadamente el complejísimo fenómeno social, cultural y tecnológico de *Internet*. Me propongo, en cambio, hacer algunas modestas reflexiones acerca de su relación con la cultura científica y sanitaria de la sociedad, que no es más que una de las aristas sociales sobre las que dicha manifestación tiene un impacto tangible y directo. El solo hecho de tratarse de un formidable edificio informativo, que se ha ido autoconfigurando aunque haya sido y esté siendo de manera esencialmente caótica, lo convierte en un acontecimiento cultural de primer orden, sobre todo por el ejercicio intelectual de abstracción, conceptualización y estructuración que ha exigido a millones de personas, pero también por las exigencias de conocimiento técnico y operativo que ha supuesto.

La prodigiosa facilidad con que ahora podemos identificar textos, sonidos e imágenes, conservarlos en nuestra propia computadora personal, así como modificarlos o compartirlos con otros colegas, abre oportunidades para la cultura científica y la práctica sanitaria hasta hace muy poco insospechadas, especialmente en la zona sur del planeta. Y en el caso específico de los investigadores, ellas se potencian con las listas de distribución mediante correo electrónico, el acceso a las muchas revistas de cualquier disciplina, conexión con bases de datos y registros con información (por ejemplo, demográfica, estadística y epidemiológica), acceso a instituciones académicas, instituciones de salud, centros de investigación y páginas individuales de personalidades científicas.

**Cervera (2001)** hacía notar uno de los rasgos más alentadores que, pese a sus numerosos problemas, nos hacen reverenciar a *Internet*:

*Internet* está aquí; ya no puede ser *desinventada*. Los ordenadores y las redes son una herramienta que puede permitir al Tercer Mundo encontrarse en algunos aspectos en pie de igualdad con el Primero. Con los satélites de comunicaciones de órbita baja todo el planeta tendrá una infraestructura de comunicaciones equivalente. El Tercer Mundo tiene la oportunidad histórica de pasar de una economía agraria a otra de la información ahorrándose la era industrial.

Quizás para que se produzca ese notable tránsito, haya que esperar. Pero desde ya, como académico residente en un país en desarrollo, necesitado de información actualizada, que hasta hace pocos años solo podía ser mirada desde lontananza, puedo testimoniar que en muchos sentidos las posibilidades que la revolución informativa libera nos han colocado en una situación cualitativamente muy superior a la que sufríamos antes de la existencia de *Internet*. Nunca nos hemos sentido tan a la par de nuestros colegas europeos o norteamericanos en cuanto a este aspecto; como nunca antes, al menos los que no dependemos de grandes recursos tecnológicos para la investigación, sentimos cierta equidad a los efectos creativos en materia social, intelectual y cultural.

Es frecuente que oigamos alusiones a las llamadas “avenidas de la información” por las que circulan todos los recursos arriba mencionados. Nada más ajeno, sin embargo, a una avenida que los caminos por los que se transita en *Internet*. Una avenida suele ser una arteria principal a la cual tributan calles secundarias y que sirve como referente para orientarnos en una ciudad. En *Internet* no existe tal. Hay puntos de partida más notorios que otros, quizás, pero el enmarañado amasijo de caminos se torna de inmediato inesquematizable.

No solo es imposible establecer un “mapa” por razones estructurales sino por la labilidad de los componentes mismos de esta estructura. Se trata de un proceloso entramado informativo que ha crecido vertiginosamente y sin reglas directrices para su construcción, y mucho menos para su mantenimiento. Tal *indisciplina* conduce a que la información que hasta hace poco estaba en una determinada dirección no tiene por qué mantenerse hoy, a la vez que un sitio que ha perdido toda vigencia puede permanecer activo sin que nadie se ocupe de retirarlo de los circuitos de acceso.

Una aproximación a esta problemática en tanto fuente para la conformación de un avance cultural ordenado, coloca de inmediato sobre el tapete una larga lista de conflictos, cuyo examen puede ser útil para atisbar los desafíos que *Internet* abre, los peligros que entraña y las oportunidades que ofrece. Organizaré la exposición valiéndome de los polos que conforman cada una de una corta serie de “contradicciones”. En rigor, como se verá, quizás no se trate de verdaderas polos antagónicos, sino de alternativas que operan en ejes perpendiculares que, en el fondo, es posible (y conveniente) conjugar para configurar nuevos planos operativos en el poliédrico mundo de *Internet*.

## **1. Comunicación vertical y horizontal**

A mi juicio, el rasgo más novedoso de *Internet* desde el punto de vista sociocultural es que, si bien conserva elementos de la estructura vertical, propios de cualquier sistema de información conocido, gesta y promueve significativas posibilidades de participación en flujos horizontales de intercambio de información. He aquí la primera pareja de categorías contradictorias y complementarias.

A la vez que el usuario estará inexorablemente inserto en una jerarquía electrónica (que por estar oculta, suele instalar una falsa ilusión de total albedrío), lo cierto es que *Internet* ha demostrado incontestablemente ser el más poderoso y pujante medio de intercambio y comunicación directa entre individuos que haya existido en la historia de la humanidad.

Los usuarios están potencialmente sometidos al control de sus actividades, puntos de vista, intereses y acciones, como nunca lo habían estado. Esto no quiere decir que un “gran hermano” nos esté escudriñando de continuo cuando, estando conectados, transmitimos nuestro perfil social a través de lo que compramos, comentamos, leemos, etc. Quiere decir que tal espionaje es posible. Como afirma el sociólogo catalán Manuel Castells quien, como pocos, ha trabajado el tema con notables lucidez y capacidad de anticipación: “un poder político, judicial, policial o comercial (defensores de derechos de propiedad) que quiera actuar contra un internauta determinado puede interceptar sus mensajes, detectar sus movimientos y, si están en contradicción con sus normas, proceder a la represión del internauta, del prestador de servicios, o de los dos” (Castells,

2001). Técnicamente, *Internet* es una arquitectura de libertad, pero socialmente, sus usuarios pueden ser reprimidos y vigilados mediante la propia red.

Se acusa, y no sin razón, a *Internet* de permitir y promover una especie de autismo social, donde la imagen del ciudadano navegando en la red de redes es menos verdadera que la realidad del sujeto atrapado en las redes de la red. Es una falsa dicotomía: si bien es cierto que algunos se atrincheran en el reducido espacio físico de su computadora, el abanico de posibilidades comunicativas interpersonales interactivas, que no ha hecho más que empezar a desplegarse, es amplio. El correo electrónico, los *blogs* y páginas Web personales, la metodología *wiki* (véase siguiente **Sección**), las tertulias electrónicas (*chat*), el intercambio entre condiscípulos en cursos a distancia y los grupos de discusión, no son más que algunos ejemplos. La experiencia cubana a través de la red telemática para la salud que propicia INFOMED ya da sus primeros promisorios pasos para colocar estas potencialidades en una perspectiva práctica cotidiana donde se combina el empleo vertical del sistema con la comunicación e interacción crecientes entre los diversos actores del Sistema Nacional de Salud.

## 2. Navegar y aportar

La dicotomía navegar-aportar encarna de hecho otro nudo en cierto sentido contradictorio: la propia convocatoria a “navegar” que se hace desde la publicidad es engañosa, pues tiende a cincelar en los usuarios la idea de que *Internet* es exclusivamente un espacio de búsqueda y recuperación de información. Sin embargo, aunque obviamente constituye una fuente invaluable para hallar datos de toda índole, ofrece también una singular oportunidad para intervenir y gravitar. De los pilares en que descansa la llamada “revolución digital”, *Internet* es el que mejor encarna el carácter convergente, participativo e interactivo que singulariza de manera excepcional a este medio, aunque solo una minoría de los usuarios aprovecha la posibilidad de hacer aportes.

No obstante, estamos presenciando un espectacular y hasta hace poco inimaginable proceso de construcción colectiva a través del despliegue de numerosas y fructuosas aportaciones a un mismo artefacto, que muchas veces hallan cauces de coherencia difíciles de creer si no tuviéramos pruebas tangibles de su factibilidad. Los orígenes de este proceso nos llevan a Richard Stallman, investigador del *Massachusetts Institute of Technology* e iniciador del movimiento vertebrado en torno a la *Free Software Foundation*, creada en 1984 para divulgar y generalizar la liberación de los sistemas operativos de los ordenadores. El sistema operativo de libre acceso conocido como *Linux* (en rigor, *GNU/Linux*), resultado del trabajo de miles de programadores de todo el planeta que aúnan esfuerzos a través de *Internet* y con el que operan hoy millones de computadoras y servidores de todo el mundo, surgió precisamente de la alianza de Stallman con el finlandés Linus Torvald de la *Universidad de Helsinki*.

El núcleo de *Linux* no utiliza ni una sola línea del código de AT&T o de cualquier otra fuente de propiedad comercial, pero su desarrollo entraña complicados aspectos técnicos cuyos entresijos solo pueden ser dominados por una élite. Lo relevante a los efectos del asunto que más interesa, la cultura científica de la sociedad, es su potencialidad para gestar productos de gran impacto social. También en este terreno la experiencia cubana puede considerarse paradigmática, ya que desde que se dieron los

primeros pasos para la configuración de nuestra actual red telemática de salud, se vertebraron a través del sistema operativo Linux (Silva y Urra, 2004).

Vale la pena detenerse en alguna expresión concreta con alcance mundial de esta filosofía vinculada al *software* libre. Acaso la más elocuente sea *Wikipedia*, una enciclopedia multilingüe, nacida bajo el amparo de la corporación no lucrativa *Wikimedia*, creada por Jimmy Wales con el objetivo de desarrollar proyectos de contenido libre. La idea proviene de la llamada "tecnología *wiki*", nacida en 1995 y que según su creador, Ward Cunningham, es "una colección de páginas Web libremente extensible, un sistema hipertextual para guardar y modificar información, una base de datos en la cual cada página es fácilmente modificable por cualquier usuario con acceso a un navegador".

*Wikipedia* incluye casi 4 millones de artículos en decenas de idiomas desde su creación en 2001. Es frecuente que la entrada nueva sea creada por iniciativa de un colaborador no especializado; poco después van interviniendo los expertos hasta dejarla, en un plazo muy breve, con un nivel muy decoroso. La versión inglesa tiene decenas de miles de usuarios registrados. En octubre de 2005 era el sitio que ocupaba el lugar 37 en visitas a nivel mundial. En una entrevista concedida a "El País" de España, Jimmy Wales afirmaba que el sitio tenía un millón de visitas al mes y daba una idea de la magnitud del proyecto, señalando que *Wikipedia* en inglés tiene 200 millones de palabras, de modo que es mayor que las enciclopedias *Británica* y *Encarta* juntas (Fernández, 2005).

¿Cómo puede funcionar un sistema así? ¿Cómo conseguir que la enciclopedia mantenga altos niveles de calidad? Es difícil de explicar, pero –aparte de algunas medidas cautelares mínimas- la clave parece estar en que los propios colaboradores se ocupan de acrisolarla y que lo hacen en mayor y más rápida medida que los depredadores que pudieran deteriorarla. "En el fondo, el hecho de agregar vandalismo o contenido negativo no resulta gratificante para la gente por la sencilla razón de que otros lo eliminan muy rápidamente", señala su creador. En la mencionada entrevista concedida a "El País" comentaba textualmente:

La manera de gestionar la *Wikipedia* tiene una mezcla de consenso, en el que hay que llegar a un acuerdo final; democracia, mediante una votación informal; aristocracia, según la cual las decisiones de los usuarios más respetados pesan más; monarquía, es donde entro yo; y una dictadura benévola, en la que al final hay que tomar decisiones. La idea es que cada vez haya que utilizar menos esa manera dictatorial hacia formas más de consenso. Si alguien rompe la confianza y el respeto, ahí entro yo, como por ejemplo cuando grupos neonazis han intentado imponer su ideología.

Cuando se descubrió una reseña biográfica de John Seigenthaler, quien fuera periodista y asistente del asesinado Robert Kennedy, donde se le vinculaba falsamente con el crimen de su hermano John, saltó la polémica. El artículo, que había sido escrito anónimamente -algo inicialmente posible pero ya regulado- se mantuvo durante cuatro meses sin que fuera descubierto el error.

Desde luego, con el paso del tiempo todo irá adoptando nuevas formas, determinadas por la vida misma. De hecho, a finales de 2005 se empezó a valorar la existencia de dos versiones de la *Wikipedia*, una estable y controlada, y otra en permanente actualización.

Los problemas potenciales son muchos (desde artículos con insultos o faltas ortográficas introducidas por algún editor, hasta el enfrentamiento a los ya mencionados actos de vandalismo, pasando por cuestiones relacionadas con el copyright de las fotos, presencia de ambigüedades, reiteraciones y un largo etcétera). Se han ido adicionando regulaciones que endurecen las normas editoriales, aunque el espíritu original se ha respetado en lo esencial. Desde junio de 2006, por ejemplo, *Wikipedia* ha decidido proteger las entradas que verosímilmente pudieran ser objetivo de adulteraciones malintencionadas o disputas. Algunos artículos se cerrarán por completo hasta solucionar los problemas y otros permanecerán semi protegidos y sólo podrán ser editados por usuarios registrados con una antigüedad de más de cuatro días (**Reventós, 2006**). Es muy difícil imaginar cómo va a ser y cómo va funcionar este portentoso esfuerzo colectivo. Lo único seguro es que no será como es hoy.

Pero de momento, lo cierto es que un análisis comparativo entre *Wikipedia* y la *Enciclopedia Británica* publicado en la revista *Nature* (**Giles, 2005**) arrojó resultados sorprendentes. Se eligió un variado conjunto de 42 términos. El contenido que para cada uno de ellos figuraba en *Wikipedia* fue enviado a respectivos expertos mundiales, y otro tanto se hizo con los contenidos que para dichas entradas figuraban de la *Enciclopedia Británica*. Cada uno de los 84 expertos consultados ignoraba la procedencia de la información recibida. Sólo fueron detectados ocho errores graves, cuatro correspondían a una y los otros cuatro a la otra. Los errores menores contenidos en esas 50 entradas, tales como omisiones o confusiones, fueron 291: 168 para *Wikipedia* y 123 para la *Británica*.

Este resultado es altamente relevante pues vino a desautorizar la polémica opinión que, para beneplácito de los mercaderes de la información, hubiera vertido el célebre semiólogo italiano Umberto Eco un año antes al diario alemán *Die Welt*, cuando expresó que existe “el peligro de que 6.000 millones de personas tengan 6.000 millones de enciclopedias distintas” y ya no puedan entenderse entre ellos en absoluto, de manera que *Internet*, al imposibilitar los referentes culturales comunes, puede generar una incomunicación a nivel global.

Para desesperación del imperio de *Microsoft*, que posee su propio código para productos cuyo empleo exige el pago de regalías, actualmente se sigue desarrollando la plataforma *Linux*, y la tecnología *Wiki* se extiende con proyectos como *Wikictionary*, un diccionario con definiciones, sinónimos y antónimos; la *Wikiquote*, un repertorio de citas célebres, *Wikibooks*, libros de texto de todo tipo y nivel, o la *Wikinews*, con noticias de actualidad. Sin pretender que el modelo propio de esta corriente deba ser asumido *mutatis mutandis*, no quedan dudas de que la metodología antihegemónica y participativa que ella encarna debe constituir una fuente de inspiración para la construcción de conocimiento en diversos contextos, entre ellos el de la medicina y la salud pública.

No en balde *Microsoft* es el principal “enemigo” de Stallman y su movimiento por el software libre. Entre otras razones, ello se debe a que el software libre no depende de actualizaciones periódicas como ocurre con el de pago -las cuales, por otra parte, a menudo no aportan nada nuevo fuera de algunos oropeles, y que incluso suelen lanzarse con errores y vulnerabilidades- ya que la esencia del movimiento del código abierto es la actualización permanente.

### **3. Cantidad y calidad de la información**

Contar con más información ofrece en principio un notable rédito potencial, pero también puede significar más confusión. Javier Bustamante, profesor de la *Universidad Complutense de Madrid* decía que tal vez se produce aquí “la paradoja de que la avalancha de información no es la solución para superar la ignorancia, justo lo contrario de lo que ocurre con otras necesidades humanas, que se sacian con una mayor afluencia de aquello de lo que se carece” (**Bustamante, 1999**).

La polución informativa es avasallante y los grandes ahorradores de tiempo que son las computadoras personales e *Internet*, constituyen trampas que pueden conducir a la dilapidación del tiempo y al hallazgo de informaciones falsas que incautamente pudiéramos conceptuar como válidas. Ya es casi un lugar común la advertencia de que sobran motivos para recelar de la veracidad de los datos o el rigor de quienes los difunden. La manera históricamente más eficaz de combatir la información espuria o desacertada ha sido la de proveer información genuina y correcta, pero el gran desafío consiste en deslindar una de la otra. Como se ha señalado (**Terceiro, 2003**), *Internet* no es una fuente de información, es un medio de información cuya fiabilidad es la de las fuentes de las que procede. Los recursos que puedan crearse para resolver este dilema serán cruciales para que se consiga una plena inserción de *Internet* en la cultura científica de la sociedad.

Es menester intercalar que, aunque lento y trabajoso, el sistema de las revistas científicas convencionales, vertebrado en torno al *peer review*, ofrece en principio una garantía de rigor que resulta ser un bien nada desdeñable, y que se echa más en falta en la medida que vivimos este aluvión informativo que suele desarrollarse con más rapidez que nuestra propia capacidad para asimilarlo racionalmente. Gradual y lentamente, la red ha ido esbozando, sin embargo, sus propios cauces organizativos, su propio tímido ordenamiento, y algunos recursos para que podamos orientarnos en lo que a fidedignidad conciernen, aunque por lo general a la zaga de los acontecimientos. Las revistas y publicaciones electrónicas surgieron, por poner un ejemplo, mucho antes de contar con normas acerca de cómo citarlas, pero lo cierto es que tales normas ya existen. La credibilidad de una fuente se puede, no obstante, más o menos anticipar; pero no siempre. Basta recordar la jugarreta de Brandom Williams, un estudiante de la *Universidad Estatal de Carolina del Norte*, quien a finales de 2003 inventó un estudio en el que supuestamente se demostraba que la fellatio es una práctica que reduce el riesgo de contraer cáncer de mama. Colocada en la página Web de la Universidad como una broma, la noticia con todos los detalles de la supuesta investigación despertó tanta atención que fue reproducida y mantenida como cierta por CNN hasta que se reveló la verdadera historia (véase **Wolf y col, 2003**).

Estas realidades trazan un principio metodológico para quienes nos empeñamos en extender y democratizar el conocimiento y la información sanitaria, en particular para el proyecto cubano en esta materia. El respaldo que tenga la información que se brinda, dado por instituciones u órganos científicamente autorizados, ha sido un principio medular del trabajo de INFOMED, al cual se suma la premisa de transparencia expresa que exige para cada texto, para cada aporte, un responsable explícito y susceptible de ser contactado.

#### 4. Alfabetización informática e incultura de la sociedad

El número de internautas crece a pasos agigantados. El analfabetismo informático se reduce rápidamente; basta atender a las estadísticas que se publican a diario (véase <http://www.argo.es/noticias/estadisticas.html>). El proceso de asimilación de una verdadera cultura digital, sin embargo, es otra cosa: ha sido poco estudiado y, pudiera, paradójicamente, estar experimentando retrocesos parciales. A mi juicio, la incorporación masiva de usuarios “digitalmente incultos” que se produce a diario aporta, en lo inmediato, caos. La propagación de virus, por ejemplo, tiene un terreno mucho más abonado cuantos más recién alfabetizados se incorporen.

Si algo parecería caracterizar al mundo de nos ha tocado vivir en este comienzo de siglo es la velocidad con que se suceden los reemplazos tecnológicos y el creciente monto de información que –muchas veces banalizada o manipulada– suele aturdir más que esclarecer a los ciudadanos. La tentación de apretar teclas sin pensar demasiado es enorme. A todos nos ha pasado; a todos nos pasa en una medida u otra.

En un libro de muy fácil lectura aunque por muchas razones polémico, **Cebrián (2000)** escribía que se nos transmite, incluso contra nuestra voluntad, una cantidad abusiva de informaciones; se nos bombardea con hechos y datos, que distorsionan nuestro ideal de conocimiento, el cual es fruto de la abstracción y resulta de un esquema organizado que nos permite relacionar unas cosas con otras, unas ideas con otras, y referirlas a un contexto, a una situación o una realidad determinadas. Todo ello requiere un tiempo para la reflexión y un espacio para la duda.

**Bustamante (1999)** recuerda al escritor británico Arthur C. Clarke cuando expresaba la idea de que la simple posesión del conocimiento científico-técnico no garantiza una dimensión humana más profunda, ni una ética que nos recomiende en qué dirección y con qué ritmo ese conocimiento debe ser empleado. Y en ese contexto subraya que “la profunda asincronía existente entre un ritmo de innovación tecnológica con una tasa exponencial de crecimiento, y la capacidad humana de asimilación, de reflexión, de comprensión de las nuevas situaciones y adaptación a ellas mediante la creación de nuevos valores, normas y estilos de vida renovados, que crece en proporción aritmética...”

A esta realidad hay que agregar la existencia de una gran cantidad de personas que deberían estar seriamente involucradas en el debate sobre estos temas (especialmente dirigentes políticos y líderes sociales) pero que son verdaderos indigentes digitales. Este sector, cuya principal culpa sería haber nacido antes de tiempo (aparte de su falta de formación y escasa curiosidad intelectual), son con frecuencia incapaces de usar las tecnologías de información, no entienden sus impactos socio-culturales, pero toman decisiones en la materia incluso sin procurarse debida asesoría (**Terceiro, 2003**).

Hace unos años disfruté de la película “Blade runner”. La trama en sí me pareció una mera excusa prescindible. El verdadero protagonista no es el policía encarnado por Harrison Ford sino el escenario en que se movía: una inquietante mezcla de tecnología y mugre en la que deambulan seres diversos (humanos o, indistinguiblemente, de diseño). Basura, humo y hacinamiento configuran el entorno de unos personajes técnicamente dotados de recursos y conocimientos, pero culturalmente adocenados. Allí se anunciaba un mundo que hoy veo encarnado muchas veces en la red. Ya no me causa asombro hallar en ella, por ejemplo, un documento de alto vuelo técnico pero infestado de errores



sintácticos y faltas ortográficas. Así me ocurrió, por ejemplo, con un excelente manual de un programa informático para el manejo de recursos gráficos, colocado altruistamente en la red para consumo universal desde un aislado enclave latinoamericano. Es la realización palpable de la cultura que anunciaba la película: deslumbrante tecnología en medio de la indigencia. Este curioso desafío nos abarca claramente. Cuba parte, sin embargo, de un sustrato favorable para encararlo, habida cuenta del alto nivel formativo de su población. Es propósito de nuestra red telemática velar porque, a la vez que se extienda la apropiación por parte de nuestro personal de salud de los recursos conceptuales y materiales para la explotación de las tecnologías informativas, tal proceso se desarrolle por cauces racionales y socialmente acordes a las metas culturales de la sociedad toda.

## **5. Superficialidad y alta tecnología**

Considero oportuno detenerme, finalmente, en un tema puntual que ilustra directamente la falta de entrenamiento intelectual para la crítica de que adolece un importante sector de los usuarios de tecnologías de algo nivel, como la que encarna la red.

*Internet* ha resultado ser un espacio y un medio propicio para propalar textos apócrifos y falsedades diversas. El acceso generalizado a este potente instrumento tecnológico, junto con todas las oportunidades informativas que ofrece, abre las puertas a todo género de mentiras que candorosamente se consumen y redistribuyen. Acaso una de las realidades más preocupantes es que no pocas personas dedicadas a actividades científicas, y de la salud en particular, parecen carecer de recursos para comprenderlo.

Una de las vías más empleadas para difundir tales patrañas es sin duda el correo electrónico, y en la inmensa mayoría de los casos, de un modo u otro, se insta al receptor a que reenvíe el propio mensaje a otras personas. De tal suerte, se generaría una cadena de enorme proporciones. Todos los hemos recibido en cuantía directamente proporcional al tiempo que llevemos operando con el correo electrónico, puesto que esta práctica es de vieja data.

Muchas veces se trata de advertencias sobre supuestos virus informáticos contenidos en mensajes electrónicos en cuyo *subject* o asunto figure determinado texto; dichos virus destruirían información contenida (o causarían graves trastornos) en nuestros equipos o redes. Tales advertencias son falsas y la difusión que muchos hacen de ellas se debe en buena medida a la enorme ignorancia que los usuarios tienen sobre los virus informáticos, así como a la inseguridad que produce moverse en medios apenas conocidos.

Muchos de estos mensajes, los más burdos, que parecen diseñados por y para retrasados mentales, anuncian grandes desgracias a quienes no los reenvíen y no menores ventajas para los que lo hagan (suele figurar la alusión a personas que perdieron el empleo al interrumpir la cadena, o ganaron la lotería cuando cumplieron las indicaciones). A través de esa primitiva técnica de alternar palo y zanahoria, explotan la asombrosa propensión de muchísima gente a creer que hay fuerzas oscuras que rigen su destino y pautan su futuro.

Otros se ocupan de reproducir documentos apócrifos que se atribuyen a escritores o figuras famosas, como ocurrió con el texto “La marioneta” que se atribuyó a Gabriel García Márquez, supuestamente escrito ante la inminencia de su propia muerte. Mucha gente lo creyó, reprodujo y difundió, incluso después de que el propio escritor desmintiera su autenticidad y declarara: “Lo que me puede matar es que alguien crea que escribí una cosa tan cursi. Esto es lo único que me preocupa”.

Aunque no agoto la lista, finalmente, mencionaré los mensajes en que se comenta la situación de una persona que atraviesa por una situación de infortunio o fatalidad y cuya suerte podría cambiar si el receptor cumple con alguna indicación (casi siempre, reenviar el mensaje a otros receptores).

Hace poco leía dentro de una novela una cínica afirmación que decía: las personas se dividen en dos grupos: *los que quieren dinero y los que no saben lo que quieren*. No la comparto, pero creo que - aunque haya más grupos aparte de los dos mencionados- los autores de estos engendros pertenecen a uno de los dos citados subconjuntos.

Parece haber unos individuos empecinados en que se construyan cadenas de este tipo, no sé debido a qué extraña entidad psiquiátrica (quizás solo aspiren a tener el placer orgásmico de recibir un día desde Singapur el mismo mensaje que un día generaron desde alguna asilada oficina de Cochabamba o desde un aburrido ático de Iowa). Algunos están tan empeñados en conseguir esa hazaña que generan trucos más o menos ingeniosos como aducir que Bill Gates necesita probar un detector (*tracker*) de mensajes y argumentos de esa índole. Muchos de los avisos sobre peligrosos virus anunciados “ayer” por *American on line* o *Microsoft* y que “destruyen el disco duro” son sumamente burdos (solo la falta de entrenamiento en el pensamiento lógico puede no irritar a alguien que lea un documento que, sin estar fechado, aluda a lo que pasó “ayer” o “este año”).

La interpretación de que los gestores de las cadenas no saben bien lo que desean es una de las dos posibles. Pero hay otra: el autor pertenece al conjunto de los que quieren dinero a costa de nuestra energía, nuestra ingenuidad, nuestras buenas intenciones y nuestro tiempo (el que destinamos a estas cadenas).

Lamentablemente, no solo las cadenas de este tipo hallan receptores y difusores. El intercambio de todo género de banalidades y de informaciones comerciales u ofertas sorprendentes (el llamado *spam*, que tantos quebraderos de cabeza da a los administradores de red), la diseminación acrítica de materiales pseudocientíficos y pseudoculturales, son otros ejemplos en que confluyen la superficialidad empobrecedora y el poderío de las tecnologías de la información que hoy están al alcance de todos.

Para defendernos de esa mediocridad tenemos que estar atentos, pues el embate es permanente, sostenido y se aprovecha tanto de nuestra buena voluntad como de que la propia (y en cierto sentido legítima) fascinación que producen las nuevas tecnologías va deteriorando la costumbre de reflexionar pausadamente los textos que tenemos delante.

Los esfuerzos que se realicen tanto en materia de educación científica como en el proceso de elevación de la cultura sanitaria de la población y del personal especializado deben contemplar estos peligros en toda su dimensión. Cuba, una vez más, tiene oportunidades excepcionales para conjurarlos, pero resulta medular que tengamos en cuenta que, como ocurre con cualquier otro proceso educativo, evitar los errores y los

hábitos negativos es mucho más eficiente que erradicarlos una vez que ellos se hayan configurado. He ahí por tanto, otra línea de actuación para nuestra red.

## **BIBLIOGRAFÍA**

- Bustamante J (1999) **Dilemas éticos en la sociedad de la información: apuntes para una discusión**. Revista española de ciencia, tecnología y sociedad, y filosofía de la tecnología 2:169-183.
- Castells (2001) **Internet: ¿una arquitectura de libertad? Libre comunicación y control del poder**. Conferencia inaugural del curso académico 2001-2002 de la UOC. Accesible en <http://www.uoc.es/web/esp/launiversidad/inaugural01/> en agosto de 2006.
- Cebrián JL (2000) **La red**. Barcelona: Suma de Letras.
- Cervera J (2001) **Una botella medio llena**. Accesible en <http://www.ucm.es/otros/especulo/numero8/lared.html> en agosto de 2006.
- Fernández A (2005) **Entrevista a Jimmy Wales**. Periódico El País del 14 de julio de 2005.
- Giles J (2005) **Internet encyclopaedias go head to head**. Nature 438: 900-901.
- Reventós L (2006) **Wikipedia se defiende de los vándalos**. Periódico El País del 20 de junio de 2006.
- Silva LC, Urra P (2004) Health information technology need not cost the earth. British Medical Journal 329:1185
- Terceiro JB (2003) **Internet: luces y sombras**. Periódico El País del 31 de mayo de 2003.
- Wolfe A y col (2003) **CNN Blows!** En el periódico The New Yorker Observer del 27 de diciembre de 2003.